



F. Scott Fitzgerald

El Palacio de
Hielo

E LEJANDRIA



F. Scott Fitzgerald

El Palacio de
Hielo

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EL PALACIO DE HIELO

F. SCOTT FITZGERALD

**PUBLICADO: 1920
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

EL PALACIO DE HIELO

CAPÍTULO I

La luz del sol goteaba sobre la casa como pintura dorada sobre la vasija de un artista, y las moteadas sombras aquí y allá solo intensificaban el rigor del baño de luz. Las casas Butterworth y Larkin, flanqueando, estaban atrincheradas tras grandes árboles sólidos; solo la casa Happer recibía el sol de lleno, y durante todo el día miraba a la polvorienta calle-carretera con una paciencia tolerante y amable. Esta era la ciudad de Tarleton, en el extremo sur de Georgia, una tarde de septiembre.

Arriba, en la ventana de su dormitorio, Sally Carrol Happer apoyaba su barbilla de diecinueve años sobre un alféizar de cincuenta y dos y observaba el antiguo Ford de Clark Darrow doblar la esquina. El coche estaba caliente —siendo parcialmente metálico, retenía todo el calor que absorbía o generaba— y Clark Darrow, sentado muy erguido al volante, lucía una expresión dolida y tensa, como si se considerase una pieza de repuesto, y bastante propensa a romperse. Cruzó trabajosamente dos roderas polvorientas, las ruedas chirriando indignadas ante el encuentro, y luego, con una expresión aterradora, dio una última sacudida al volante y depositó coche y conductor aproximadamente frente a los escalones de los

Happer. Hubo un sonido jadeante, un estertor, seguido de un breve silencio; y luego el aire fue rasgado por un silbido sorprendente.

Sally Carrol miró hacia abajo somnolienta. Empezó a bostezar, pero al encontrarlo bastante imposible a menos que levantara la barbilla del alféizar, cambió de idea y continuó observando el coche en silencio, cuyo dueño permanecía sentado, alerta de forma brillante aunque superficial, mientras esperaba una respuesta a su señal. Tras un momento, el silbido rasgó una vez más el aire polvoriento.

—Buenos días.

Con dificultad, Clark giró su alto cuerpo y dirigió una mirada distorsionada hacia la ventana.

—No es de día, Sally Carrol.

—¿Ah, no? ¿De veras?

—¿Qué haces?

—Comiendo una manzana.

—Venga, vamos a nadar. ¿Quieres?

—Supongo.

—¿Qué tal si te das prisa?

—Ahora mismo.

Sally Carrol suspiró profundamente y se levantó con profunda inercia del suelo, donde había estado ocupada alternativamente destrozando partes de una manzana verde y pintando muñecas de papel para su hermana menor. Se acercó a un espejo, contempló su expresión con una lánguida complacencia, se aplicó dos toques de colorete en los labios y una pizca de polvos en la nariz, y cubrió su pelo corto color maíz con una capota salpicada de rosas. Luego volcó de una patada el agua de pintar, dijo: «¡Oh, maldita sea!» —pero lo dejó estar— y salió de la habitación.

—¿Cómo estás, Clark? —inquirió un minuto después mientras se deslizaba ágilmente por el costado del coche.

—Muy bien, Sally Carrol.

—¿Adónde vamos a nadar?

—A la poza de Walley. Le dije a Marylyn que pasaríamos a recogerla a ella y a Joe Ewing.

Clark era moreno y delgado, y cuando iba a pie era bastante propenso a encorvarse. Sus ojos eran ominosos y su expresión algo petulante, excepto cuando era sorprendentemente iluminada por una de sus frecuentes sonrisas. Clark tenía «una renta» —justo lo suficiente para mantenerse cómodamente y su coche con gasolina— y había pasado los dos años desde que se graduó en Georgia Tech holgazaneando por las perezosas calles de su ciudad natal, discutiendo cómo podría invertir mejor su capital para una fortuna inmediata.

No le resultaba nada difícil pasar el rato; un grupo de niñas pequeñas había crecido maravillosamente, la asombrosa Sally Carrol la primera entre ellas; y disfrutaban de que nadaran y bailaran con ellas, y de ser cortejadas en las tardes veraniegas llenas de flores — y todas apreciaban inmensamente a Clark—. Cuando la compañía femenina le cansaba, había media docena de otros jóvenes que siempre estaban a punto de hacer algo y, mientras tanto, estaban bastante dispuestos a acompañarle a unos hoyos de golf, una partida de billar o el consumo de un cuarto de «licor amarillo fuerte». De vez en cuando, uno de estos contemporáneos hacía una ronda de visitas de despedida antes de irse a Nueva York, Filadelfia o Pittsburgh para entrar en negocios, pero la mayoría simplemente se quedaban en este lánguido paraíso de cielos de ensueño, tardes de luciérnagas y ruidosas ferias callejeras de negros —y especialmente de chicas amables de voz suave, que se habían criado con recuerdos en lugar de dinero.

Una vez que el Ford fue incitado a una especie de vida inquieta y resentida, Clark y Sally Carrol rodaron y traquetearon por Valley

Avenue hasta Jefferson Street, donde el camino polvoriento se convirtió en pavimento; a lo largo de la opiácea Millicent Place, donde había media docena de mansiones prósperas y sólidas; y hacia el centro de la ciudad. Conducir era peligroso aquí, pues era hora de compras; la población holgazaneaba cruzando las calles despreocupadamente y una manada de bueyes que mugían sordamente era arreada delante de un plácido tranvía; incluso las tiendas parecían limitarse a bostezar sus puertas y parpadear sus ventanas al sol antes de retirarse a un estado de coma absoluto y definitivo.

—Sally Carrol —dijo Clark de repente—, ¿es verdad que estás prometida?

Ella le miró rápidamente.

—¿Dónde has oído eso?

—¿De veras estás prometida?

—¡Vaya preguntita!

—Una chica me dijo que estabas prometida a un yanqui que conociste en Asheville el verano pasado.

Sally Carrol suspiró.

—Nunca he visto un pueblo tan dado a los rumores.

—No te cases con un yanqui, Sally Carrol. Te necesitamos por aquí.

Sally Carrol guardó silencio un momento.

—Clark —preguntó de repente—, ¿con quién demonios voy a casarme?

—Ofrezco mis servicios.

—Cariño, no podrías mantener a una esposa —respondió ella alegremente—. Además, te conozco demasiado bien como para enamorarme de ti.

—Eso no significa que debas casarte con un yanqui —insistió él.

—¿Y si lo amo?

Él negó con la cabeza.

—No podrías. Sería muy diferente a nosotros, en todos los sentidos.

Se interrumpió al detener el coche frente a una casa destartada y ruinoso. Marylyn Wade y Joe Ewing aparecieron en la puerta.

—Hola, Sally Carrol.

—¡Hola!

—¿Cómo estáis?

—Sally Carrol —preguntó Marylyn mientras arrancaban de nuevo—, ¿estás prometida?

—¡Dios mío! ¿Dónde empezó todo esto? ¿No puedo mirar a un hombre sin que todo el pueblo me prometa con él?

Clark miró fijamente al frente, a un tornillo en el traqueteante parabrisas.

—Sally Carrol —dijo con una curiosa intensidad—, ¿no te gustamos?

—¿Qué?

—¿Nosotros, los de aquí abajo?

—Pero Clark, sabes que sí. Os adoro a todos vosotros, chicos.

—Entonces, ¿por qué te prometes con un yanqui?

—Clark, no lo sé. No estoy segura de lo que haré, pero... bueno, quiero ir a sitios y ver gente. Quiero que mi mente crezca. Quiero vivir donde las cosas suceden a gran escala.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, Clark, te quiero, y quiero a Joe, aquí presente, y a Ben Arrot, y a todos vosotros, pero vosotros... vosotros...

—¿Todos seremos unos fracasados?

—Sí. No me refiero solo a fracasos económicos, sino simplemente una especie de... de ineficacia y tristeza, y... oh, ¿cómo puedo decírtelo?

—¿Quieres decir porque nos quedamos aquí en Tarleton?

—Sí, Clark; y porque os gusta y nunca queréis cambiar las cosas, ni pensar, ni ir adelante.

Él asintió y ella se inclinó y le apretó la mano.

—Clark —dijo suavemente—, no te cambiaría por nada del mundo. Eres dulce tal como eres. Las cosas que te harán fracasar las amaré siempre: el vivir en el pasado, los días y noches perezosos que tienes, y toda tu despreocupación y generosidad.

—¿Pero te vas?

—Sí, porque nunca podría casarme contigo. Tienes un lugar en mi corazón que nadie más podría tener jamás, but atada aquí me volvería inquieta. Sentiría que me estaba... desperdiciando. Hay dos lados en mí, ¿sabes? Está el viejo lado somnoliento que amas, y hay una especie de energía... el sentimiento que me hace hacer locuras. Esa es la parte de mí que puede ser útil en algún lugar, que perdurará cuando ya no sea hermosa.

Se interrumpió con su característica brusquedad y suspiró: «¡Oh, dulce galletita!» mientras su humor cambiaba.

Entrecerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo del asiento, dejó que la agradable brisa abanicara sus ojos y ondulara los rizos esponjosos de su pelo corto. Estaban ahora en el campo, avanzando rápidamente entre enmarañadas espesuras de monte bajo de un verde brillante, hierba y altos árboles que enviaban ramilletes de follaje para colgar una fresca bienvenida sobre el camino. Aquí y allá pasaban junto a una destartalada cabaña de negros, su habitante más viejo, de pelo blanco, fumando una pipa de mazorca de maíz junto a la puerta, y media docena de pequeñines negros escasamente vestidos paseando muñecas hechas jirones sobre la hierba silvestre de

delante. Más allá había perezosos campos de algodón, donde incluso los trabajadores parecían sombras intangibles prestadas por el sol a la tierra, no para el trabajo duro, sino para pasar el rato según alguna tradición ancestral en los dorados campos de septiembre. Y alrededor de la somnolienta pintoresquidad, sobre los árboles y las chozas y los ríos fangosos, fluía el calor, nunca hostil, solo reconfortante, como un gran seno cálido y nutritivo para la Tierra Infante.

—¡Sally Carrol, hemos llegado!

—La pobrecilla está profundamente dormida.

—Cariño, ¿te has muerto al fin de pura pereza?

—¡Agua, Sally Carrol! ¡Agua fresca esperándote!

Sus ojos se abrieron somnolientos.

—¡Hola! —murmuró, sonriendo.

CAPÍTULO II

En noviembre, Harry Bellamy, alto, corpulento y enérgico, bajó de su ciudad norteña para pasar cuatro días. Su intención era zanjar un asunto que había quedado pendiente desde que él y Sally Carrol se habían conocido en Asheville, Carolina del Norte, a mediados de verano. El acuerdo solo requirió una tarde tranquila y una velada frente a una resplandeciente chimenea encendida, pues Harry Bellamy tenía todo lo que ella deseaba; y, además, le amaba —le amaba con esa faceta suya que guardaba especialmente para amar—. Sally Carrol tenía varias facetas bastante bien definidas.

En su última tarde, pasearon, y ella descubrió que sus pasos se dirigían semi-inconscientemente hacia uno de sus lugares predilectos, el cementerio. Cuando apareció a la vista, blanco grisáceo y verde dorado bajo el alegre sol tardío, se detuvo, indecisa, junto a la verja de hierro.

—¿Eres lúgubre por naturaleza, Harry? —preguntó ella con una leve sonrisa.

—¿Lúgubre? Yo no.

—Entonces entremos aquí. A alguna gente le deprime, pero a mí me gusta.

Atravesaron la entrada y siguieron un sendero que conducía a través de un ondulante valle de tumbas: gris polvoriento y mohoso para los años cincuenta; curiosamente tallado con flores y jarrones para los setenta; ornamentado y horrible para los noventa, con gordos querubines de mármol yaciendo en pesado sueño sobre almohadas de piedra, y grandes crecimientos imposibles de flores de granito sin nombre. Ocasionalmente

veían alguna figura arrodillada con flores como tributo, pero sobre la mayoría de las tumbas yacían el silencio y las hojas marchitas, solo con la fragancia que sus propios recuerdos sombríos podían despertar en las mentes vivas.

Alcanzaron la cima de una colina donde se encontraron frente a una lápida alta y redonda, moteada con manchas oscuras de humedad y cubierta a medias por enredaderas.

—Margery Lee —leyó—; 1844–1873. ¿A que era encantadora? Murió cuando tenía veintinueve años. Querida Margery Lee —añadió suavemente—. ¿Puedes verla, Harry?

—Sí, Sally Carrol.

Sintió una pequeña mano introducirse en la suya.

—Era morena, creo; y siempre llevaba el pelo con una cinta, y preciosas faldas de miriñaque de azul Alicia y rosa viejo.

—Sí.

—¡Oh, era dulce, Harry! Y era el tipo de chica nacida para estar en un porche ancho con columnas y dar la bienvenida a la gente. Creo que quizá muchos hombres fueron a la guerra con la intención de volver por ella; pero quizá ninguno lo hizo.

Se inclinó cerca de la piedra, buscando algún registro de matrimonio.

—No hay nada aquí que lo indique.

—Claro que no. ¿Cómo podría haber algo allí mejor que simplemente «Margery Lee», y esa fecha elocuente?

Se acercó a él y un nudo inesperado le subió a la garganta mientras el pelo rubio de ella rozaba su mejilla.

—Ves cómo era, ¿verdad, Harry?

—Lo veo —asintió él con dulzura—. Veo a través de tus preciosos ojos. Tú eres hermosa ahora, así que sé que ella debió serlo.

Permanecieron en silencio y juntos, y él pudo sentir los hombros de ella temblar ligeramente. Una brisa pausada subió por la colina y agitó el ala de su sombrero flexible.

—¡Bajemos allí!

Señalaba hacia una extensión llana al otro lado de la colina donde sobre el césped verde había mil cruces blanco-grisáceas extendiéndose en filas interminables y ordenadas como las armas apiladas de un batallón.

—Esos son los muertos confederados —dijo Sally Carrol simplemente.

Caminaron leyendo las inscripciones, siempre solo un nombre y una fecha, a veces bastante indescifrables.

—La última fila es la más triste... mira, allá lejos. Cada cruz solo tiene una fecha y la palabra «Desconocido».

Le miró y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo decirte lo real que es para mí, cariño... si no lo sabes.

—Lo que sientes por esto me parece hermoso.

—No, no, no soy yo, son ellos... esa época antigua que he intentado que viva en mí. Eran solo hombres, sin importancia evidentemente o no habrían sido

«desconocidos»; pero murieron por la cosa más hermosa del mundo: el Sur muerto. Verás —continuó, con la voz aún ronca, los ojos brillantes de lágrimas—, la gente tiene estos sueños que aferra a las cosas, y yo siempre he crecido con ese sueño. Era tan fácil porque todo estaba muerto y no me llegaban desilusiones. He intentado en cierto modo estar a la altura de esas antiguas normas de noblesse oblige... solo quedan los últimos restos, sabes, como las rosas de un viejo jardín muriendo a nuestro alrededor... rasgos de extraña cortesía y caballerosidad en algunos de estos chicos y en historias que solía oír de un soldado confederado que vivía al lado, y de unos pocos negros viejos. ¡Oh, Harry, había algo, había algo! Nunca podría hacerte entender, pero estaba allí.

—Comprendo —le aseguró él de nuevo en voz baja.

Sally Carol sonrió y se secó los ojos en la punta de un pañuelo que sobresalía del bolsillo de su chaqueta.

—No te sientes deprimido, ¿verdad, amor? Incluso cuando lloro soy feliz aquí, y obtengo una especie de fuerza de ello.

Cogidos de la mano, se dieron la vuelta y se alejaron lentamente. Encontrando hierba mullida, le hizo sentarse a su lado, con las espaldas apoyadas contra los restos de un muro bajo y roto.

—Ojalá esas tres viejas se largaran —se quejó él—. Quiero besarte, Sally Carrol.

—Yo también.

Esperaron impacientemente a que las tres figuras encorvadas se marcharan, y entonces ella le besó hasta que el cielo pareció

desvanecerse y todas sus sonrisas y lágrimas desaparecer en un éxtasis de segundos eternos.

Después volvieron caminando lentamente juntos, mientras en las esquinas el crepúsculo jugaba a unas somnolientas damas en blanco y negro con el final del día.

—Subirás a mediados de enero —dijo él—, y tienes que quedarte al menos un mes. Será genial. Hay un carnaval de invierno, y si nunca has visto la nieve de verdad, te parecerá un país de hadas. Habrá patinaje y esquí y descenso en trineo y paseos en trineo de caballos, y todo tipo de desfiles de antorchas con raquetas de nieve. Hace años que no celebran uno, así que van a hacer que sea espectacular.

—¿Tendré frío, Harry? —preguntó ella de repente.

—Seguro que no. Puede que se te congele la nariz, pero no tendrás un frío de tiritar. Es seco y duro, ¿sabes?

—Supongo que soy una hija del verano. No me gusta ningún frío que haya conocido.

Se interrumpió y ambos guardaron silencio por un minuto.

—Sally Carol —dijo él muy lentamente—, ¿qué me dices de... marzo?

—Digo que te quiero.

—¿Marzo?

—Marzo, Harry.

CAPÍTULO III

Toda la noche en el coche Pullman hizo mucho frío. Llamó al revisor para pedir otra manta, y como no pudo darle una, intentó en vano, apretujándose en el fondo de su litera y doblando la ropa de cama, arañar unas pocas horas de sueño. Quería tener el mejor aspecto posible por la mañana.

Se levantó a las seis y, deslizándose incómodamente dentro de su ropa, fue dando traspies hasta el coche comedor a por una taza de café. La nieve se había filtrado en los vestíbulos y cubría la puerta con una capa resbaladiza. Era intrigante este frío, se colaba por todas partes. Su aliento era perfectamente visible y sopló al aire con un disfrute ingenuo. Sentada en el comedor, miraba fijamente por la ventana las colinas y valles blancos y los pinos dispersos, cuyas ramas eran bandejas verdes para un frío festín de nieve. A veces pasaba volando una granja solitaria, fea, desolada y sola en el yermo blanco; y con cada una sentía un instante de fría compasión por las almas encerradas allí esperando la primavera.

Al salir del comedor y volver balanceándose al Pullman, experimentó un creciente torrente de energía y se preguntó si estaría sintiendo el aire vigorizante del que Harry había hablado. ¡Esto era el Norte, el Norte... su tierra ahora!

—¡Soplad, vientos, heigh-ho!

A vagar me iré yo, —canturreó exultante para sí misma.

—¿Qué es eso? —preguntó el revisor cortésmente.

—Dije: Cepílleme.

Los largos cables de los postes de telégrafo se duplicaron, dos vías corrían junto al tren... tres... cuatro; llegó una sucesión de casas con

tejados blancos, un vistazo de un tranvía con ventanas escarchadas, calles... más calles... la ciudad.

Permaneció de pie un momento, aturdida, en la gélida estación antes de ver tres figuras envueltas en pieles abalanzarse sobre ella.

—¡Ahí está!

—¡Oh, Sally Carrol!

Sally Carrol dejó caer su bolso.

—¡Hola!

Un rostro vagamente familiar y helado la besó, y entonces se encontró en un grupo de rostros que parecían emitir grandes nubes de humo denso; estaba estrechando manos. Estaba Gordon, un hombre bajo y entusiasta de treinta años que parecía un modelo aficionado y maltrecho de Harry, y su esposa, Myra, una dama apática de pelo rubio platino bajo un gorro de piel para automóvil. Casi de inmediato, Sally Carrol pensó en ella como vagamente escandinava. Un alegre chófer se hizo cargo de su bolso, y entre rebotes de medias frases, exclamaciones y apáticos y superficiales «querida» de Myra, se arrastraron mutuamente fuera de la estación.

Luego estaban en un sedán, dirigiéndose a través de una tortuosa sucesión de calles nevadas donde docenas de niños pequeños enganchaban trineos detrás de carros de reparto y automóviles.

—¡Oh, —exclamó Sally Carrol—, ¡Quiero hacer eso! ¿Podemos, Harry?

—Eso es para niños. Pero podríamos...

—¡Parece un circo! —dijo ella con pesar.

El hogar era una casa de armazón de madera de estilo irregular, asentada sobre un regazo blanco de nieve, y allí conoció a un hombre grande de pelo gris que aprobó, y a una señora que parecía un huevo, y que la besó: eran los padres de Harry. Hubo una hora jadeante e indescriptible repleta de murmullos, agua caliente, beicon

con huevos y confusión; y después de eso estuvo a solas con Harry en la biblioteca, preguntándole si se atrevía a fumar.

Era una habitación grande con una Madonna sobre la chimenea y filas y filas de libros con cubiertas de oro claro, oro oscuro y rojo brillante. Todas las sillas tenían pequeños tapetes de encaje donde debía descansar la cabeza, el sofá era simplemente cómodo, los libros parecían haber sido leídos —algunos— y Sally Carrol tuvo una visión instantánea de la vieja y maltrecha biblioteca de casa, con los enormes libros de medicina de su padre, y los óleos de sus tres tíos abuelos, y el viejo sofá que había sido remendado durante cuarenta y cinco años y todavía era lujoso para soñar. Esta habitación le pareció ni atractiva ni particularmente lo contrario. Era simplemente una habitación con muchas cosas bastante caras que parecían tener unos quince años.

—¿Qué piensas de esto de aquí arriba? —preguntó Harry con entusiasmo—. ¿Te sorprende? Quiero decir, ¿es lo que esperabas?

—Tú lo eres, Harry —dijo ella en voz baja, y extendió los brazos hacia él.

Pero tras un breve beso, pareció querer arrancarle entusiasmo a la fuerza.

—La ciudad, quiero decir. ¿Te gusta? ¿Puedes sentir la energía en el aire?

—Oh, Harry, —rio ella—, tendrás que darme tiempo. No puedes lanzarme preguntas así como así.

Dio una calada a su cigarrillo con un suspiro de satisfacción.

—Una cosa quiero preguntarte, —empezó él casi disculpándose—; vosotros los sureños ponéis mucho énfasis en la familia, y todo eso... no es que no esté bien, pero aquí lo encontrarás un poco diferente. Quiero decir... notarás muchas cosas que al principio te parecerán una especie de ostentación vulgar, Sally Carrol; pero recuerda que esta es una ciudad de tres generaciones. Todo el

mundo tiene un padre, y aproximadamente la mitad de nosotros tenemos abuelos. Más atrás no vamos.

—Por supuesto —murmuró ella.

—Nuestros abuelos, verás, fundaron el lugar, y muchos de ellos tuvieron que aceptar trabajos bastante extraños mientras lo fundaban. Por ejemplo, hay una mujer que actualmente es casi el modelo social de la ciudad; bueno, pues su padre fue el primer recogedor público de cenizas... cosas así.

—Vaya, —dijo Sally Carol, perpleja—, ¿suponías que iba a hacer comentarios sobre la gente?

—En absoluto, —interrumpió Harry—, y tampoco me estoy disculpando por nadie. Es solo que... bueno, una chica sureña vino aquí el verano pasado y dijo algunas cosas desafortunadas, y... oh, solo pensé en decírtelo.

Sally Carol se sintió repentinamente indignada —como si le hubieran azotado injustamente— pero Harry evidentemente consideró el tema cerrado, pues continuó con un gran arranque de entusiasmo.

—Es época de carnaval, sabes. El primero en diez años. Y hay un palacio de hielo que están construyendo nuevo que es el primero que han tenido desde el ochenta y cinco. Construido con bloques del hielo más transparente que pudieron encontrar... a una escala tremenda.

Se levantó y, caminando hacia la ventana, apartó las pesadas cortinas turcas y miró hacia fuera.

—¡Oh! —exclamó de repente—. ¡Hay dos niños haciendo un muñeco de nieve! Harry, ¿crees que puedo salir a ayudarles?

—¡Ni lo sueñes! Ven aquí y bésame.

Dejó la ventana con bastante reticencia.

—No creo que este sea un clima muy besable, ¿verdad? Quiero decir, te pone de tal manera que no quieres quedarte sentado por

ahí, ¿no?

—No vamos a hacerlo. Tengo vacaciones la primera semana que estás aquí, y hay una cena con baile esta noche.

—Oh, Harry, —confesó, dejándose caer hecha un montón, mitad en su regazo, mitad entre los cojines—, seguro que me siento confundida. No tengo ni idea de si me gustará o no, y no sé qué espera la gente, ni nada. Tendrás que decírmelo, cariño.

—Te lo diré, —dijo él suavemente—, si tú me dices que estás contenta de estar aquí.

—¡Contenta... terriblemente contenta! —susurró, insinuándose en sus brazos a su manera peculiar—. Donde tú estás es mi hogar, Harry.

Y mientras decía esto tuvo la sensación, casi por primera vez en su vida, de que estaba representando un papel.

Esa noche, entre las relucientes velas de una cena, donde los hombres parecían llevar la mayor parte de la conversación mientras las chicas se sentaban con un distanciamiento altivo y costoso, ni siquiera la presencia de Harry a su izquierda logró hacerla sentir como en casa.

—Son gente guapa, ¿no crees? —preguntó él—. Mira a tu alrededor. Ahí está Spud Hubbard, placador en Princeton el año pasado, y Junie Morton... él y el pelirrojo a su lado fueron ambos capitanes de hockey de Yale; Junie estaba en mi clase. Vaya, los mejores atletas del mundo vienen de estos estados de por aquí. Este es un país de hombres, te lo digo. ¡Mira a John J. Fishburn!

—¿Quién es? —preguntó Sally Carrol inocentemente.

—¿No lo sabes?

—He oído el nombre.

—El mayor hombre del trigo del Noroeste, y uno de los mayores financieros del país.

Se volvió de repente hacia una voz a su derecha.

—Supongo que se olvidaron de presentarnos. Me llamo Roger Patton.

—Mi nombre es Sally Carrol Happer —dijo ella amablemente.

—Sí, lo sé. Harry me dijo que vendrías.

—¿Es pariente?

—No, soy profesor.

—Oh, —rio ella.

—En la universidad. Es usted del Sur, ¿verdad?

—Sí; Tarleton, Georgia.

Le gustó de inmediato: un bigote castaño rojizo bajo unos ojos azul acuoso que tenían algo que a estos otros ojos les faltaba, alguna cualidad de apreciación. Intercambiaron frases sueltas durante la cena, y ella decidió volver a verle.

Después del café le presentaron a numerosos jóvenes apuestos que bailaban con consciente precisión y parecían dar por sentado que no quería hablar de nada excepto de Harry.

«Cielos, —pensó—, ¡Hablan como si estar prometida me hiciera mayor que ellos... como si fuera a chivarme a sus madres!»

En el Sur, una chica prometida, incluso una joven recién casada, esperaba la misma cantidad de bromas medio afectuosas y halagos que se le concederían a una debutante, pero aquí todo eso parecía prohibido. Un joven, después de empezar con buen pie hablando de los ojos de Sally Carrol y de cómo le habían atraído desde que entró en la habitación, sufrió una violenta convulsión al descubrir que estaba de visita en casa de los Bellamy —que era la prometida de Harry—. Pareció sentir que había cometido un error atrevido e inexcusable, se volvió inmediatamente formal y la dejó a la primera oportunidad.

Se alegró bastante cuando Roger Patton la sacó a bailar y sugirió que descansaran un rato.

—Bueno, —preguntó, parpadeando alegremente—, ¿cómo está Carmen la del Sur?

—Muy bien. ¿Cómo está... cómo está Dangerous Dan McGrew? Lo siento, pero es el único norteamericano del que sé mucho.

Pareció disfrutarlo.

—Por supuesto, —confesó—, como profesor de literatura, se supone que no he leído Dangerous Dan McGrew .

—¿Es nativo de aquí?

—No, soy de Filadelfia. Importado de Harvard para enseñar francés. Pero llevo aquí diez años.

—Nueve años, trescientos sesenta y cuatro días más que yo.

—¿Le gusta aquí?

—Ajá. ¡Claro que sí!

—¿De verdad?

—Bueno, ¿por qué no? ¿No parezco estar pasándolo bien?

—La vi mirar por la ventana hace un minuto... y estremecerse.

—Solo mi imaginación, —rio Sally Carroll—. Estoy acostumbrada a tener todo tranquilo afuera y a veces miro y veo una ráfaga de nieve y es como si algo muerto se estuviera moviendo.

Él asintió apreciativamente.

—¿Había estado antes en el Norte?

—Pasé dos veranos en Asheville, Carolina del Norte.

—Gente guapa, ¿verdad? —sugirió Patton, indicando la pista de baile arremolinada.

Sally Carroll se sobresaltó. Ese había sido el comentario de Harry.

—¡Claro que sí! Son... caninos.

—¿Qué?

Ella se sonrojó.

—Lo siento; sonó peor de lo que pretendía. Verá, siempre pienso en la gente como felina o canina, independientemente del sexo.

—¿Cuál es usted?

—Soy felina. Usted también. Y la mayoría de los hombres del Sur y la mayoría de estas chicas de aquí.

—¿Qué es Harry?

—Harry es claramente canino. Todos los hombres que he conocido esta noche parecen ser caninos.

—¿Qué implica canino? ¿Una cierta masculinidad consciente opuesta a la sutileza?

—Supongo que sí. Nunca lo analicé... solo miro a la gente y digo «canino» o «felino» de inmediato. Es bastante absurdo, supongo.

—En absoluto. Me interesa. Solía tener una teoría sobre esta gente. Creo que se están congelando.

—¿Qué?

—Bueno, se están volviendo como suecos... ibsenianos, sabe. Muy gradualmente volviéndose lúgubres y melancólicos. Son estos largos inviernos. ¿Ha leído a Ibsen?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, encuentra en sus personajes una cierta rigidez meditabunda. Son rectos, estrechos de miras y sombríos, sin infinitas posibilidades para una gran pena o alegría.

—¿Sin sonrisas ni lágrimas?

—Exactamente. Esa es mi teoría. Verá, hay miles de suecos aquí arriba. Vienen, imagino, porque el clima es muy parecido al suyo, y ha habido una mezcla gradual. Probablemente no haya ni media docena aquí esta noche, pero... hemos tenido cuatro gobernadores suecos. ¿La estoy aburriendo?

—Estoy muy interesada.

—Su futura cuñada es medio sueca. Personalmente me cae bien, pero mi teoría es que los suecos reaccionan bastante mal sobre nosotros en conjunto. Los escandinavos, sabe, tienen la tasa de suicidio más alta del mundo.

—¿Por qué vive aquí si es tan deprimente?

—Oh, a mí no me afecta. Estoy bastante enclaustrado, y supongo que los libros significan más para mí que la gente, de todos modos.

—Pero todos los escritores hablan de que el Sur es trágico. Ya sabe... señoritas españolas, pelo negro y dagas y música evocadora.

Él negó con la cabeza.

—No, las razas nórdicas son las razas trágicas: no se permiten el reconfortante lujo de las lágrimas.

Sally Carrol pensó en su cementerio. Supuso que eso era vagamente lo que había querido decir cuando dijo que no la deprimía.

—Los italianos son casi la gente más alegre del mundo... pero es un tema aburrido, —se interrumpió—. De todos modos, quiero decirle que se casa con un hombre excelente.

A Sally Carrol la movió un impulso de confianza.

—Lo sé. Soy el tipo de persona que quiere que la cuiden a partir de cierto punto, y estoy segura de que lo harán.

—¿Bailamos? Sabe, —continuó mientras se levantaban—, es alentador encontrar a una chica que sabe por qué se casa. Nueve décimas partes de ellas piensan que es como caminar hacia una puesta de sol de película.

Ella rio y él le cayó inmensamente bien.

Dos horas más tarde, de camino a casa, se acurrucó cerca de Harry en el asiento trasero.

—¡Oh, Harry, —susurró—, ¡hace tanto frío!

—Pero aquí dentro hace calor, cariño.

—¡Pero fuera hace frío; y oh, ese viento aullador!

Enterró el rostro profundamente en el abrigo de piel de él y tembló involuntariamente mientras los fríos labios de él besaban la punta de su oreja.

CAPÍTULO IV

La primera semana de su visita pasó en un torbellino. Tuvo su prometido paseo en trineo enganchado a la parte trasera de un automóvil a través de un gélido crepúsculo de enero. Envuelta en pieles, dedicó una mañana al descenso en trineo en la colina del club de campo; incluso probó el esquí, para navegar por el aire durante un momento glorioso y luego aterrizar en un enredado y risueño bulto sobre un suave montón de nieve. Le gustaron todos los deportes de invierno, excepto una tarde pasada caminando con raquetas de nieve sobre una llanura deslumbrante bajo un pálido sol amarillo, pero pronto se dio cuenta de que estas cosas eran para niños —que le estaban siguiendo la corriente y que el disfrute a su alrededor era solo un reflejo del suyo propio—.

Al principio, la familia Bellamy la desconcertó. Los hombres eran fiables y le cayeron bien; al señor Bellamy especialmente, con su pelo cano y su enérgica dignidad, le tomó un cariño inmediato, una vez que descubrió que había nacido en Kentucky; esto lo convirtió en un vínculo entre la vieja vida y la nueva. Pero hacia las mujeres sentía una definida hostilidad. Myra, su futura cuñada, parecía la esencia de la convencionalidad sin espíritu. Su conversación estaba

tan absolutamente desprovista de personalidad que Sally Carrol, que venía de una tierra donde cierta cantidad de encanto y seguridad se podía dar por sentada en las mujeres, se inclinaba a despreciarla.

«Si esas mujeres no son hermosas, —pensó—, no son nada. Simplemente se desvanecen cuando las miras. Son criadas glorificadas. Los hombres son el centro de todo grupo mixto.»

Por último estaba la señora Bellamy, a quien Sally Carrol detestaba. La impresión del primer día de un huevo se había confirmado: un huevo con voz cascada y venosa y una desgarrada torpeza de porte tal, que Sally Carrol sentía que si alguna vez se caía, seguramente se revolvería. Además, la señora Bellamy parecía personificar a la ciudad al ser innatamente hostil a los extraños. Llamaba a Sally Carrol «Sally», y no se la podía persuadir de que el nombre doble fuera algo más que un apodo tedioso y ridículo. Para Sally Carrol, este acortamiento de su nombre era presentarla al público medio vestida. Amaba «Sally Carrol»; detestaba «Sally». Sabía también que la madre de Harry desaprobaba su pelo corto; y nunca se había atrevido a fumar abajo después de aquel primer día en que la señora Bellamy había entrado en la biblioteca olisqueando violentamente.

De todos los hombres que conoció, prefería a Roger Patton, que era un visitante frecuente en la casa. Nunca volvió a aludir a la tendencia ibseniana de la población, pero cuando entró un día y la encontró acurrucada en el sofá, inclinada sobre Peer Gynt, rio y le dijo que olvidara lo que había dicho, que todo eran tonterías.

Y entonces, una tarde de su segunda semana, ella y Harry rondaron el borde de una pelea peligrosamente abrupta. Ella consideró que él la había precipitado por completo, aunque la Serbia en este caso fue un hombre desconocido que no llevaba los pantalones planchados. Habían estado caminando hacia casa entre montones de nieve apilada y bajo un sol que Sally Carrol apenas reconocía. Pasaron junto a una niñita envuelta en lana gris hasta parecer un pequeño oso de peluche, y Sally Carrol no pudo resistir un jadeo de apreciación maternal.

—¡Mira! ¡Harry!

—¿Qué?

—Esa niñita... ¿viste su cara?

—Sí, ¿por qué?

—Estaba roja como una fresita. ¡Oh, era una monada!

—¡Pero si tu propia cara ya está casi tan roja como esa! Todo el mundo está sano aquí. Salimos al frío tan pronto como tenemos edad para caminar. ¡Clima maravilloso!

Le miró y tuvo que estar de acuerdo. Él tenía un aspecto muy saludable; también su hermano. Y ella había notado el nuevo rubor en sus propias mejillas esa misma mañana.

De repente, sus miradas quedaron atrapadas y fijas, y miraron fijamente durante un momento la esquina de delante. Un hombre estaba allí de pie, con las rodillas dobladas, los ojos mirando hacia arriba con expresión tensa, como si estuviera a punto de dar un salto hacia el aire gélido. Y entonces ambos estallaron en una carcajada, pues al acercarse descubrieron que había sido una ridícula ilusión momentánea producida por la extrema holgura de los pantalones del hombre.

—Supongo que nos la ha jugado —rio ella.

—Debe ser sureño, a juzgar por esos pantalones —sugirió Harry maliciosamente.

—¡Pero Harry!

Su mirada sorprendida debió irritarle.

—¡Esos malditos sureños!

Los ojos de Sally Carrol centellearon.

—No los llames así.

—Lo siento, querida, —dijo Harry, malignamente apologetico—, pero ya sabes lo que pienso de ellos. Son una especie de... de

degenerados... nada que ver con los antiguos sureños. Han vivido tanto tiempo allí abajo con toda la gente de color que se han vuelto perezosos y vagos.

—¡Cállate la boca, Harry! —gritó enfadada—. ¡No lo son! Pueden ser perezosos —cualquiera lo sería en ese clima— pero son mis mejores amigos, y no quiero oír cómo los critican de una manera tan general. Algunos de ellos son los mejores hombres del mundo.

—Oh, lo sé. Están bien cuando vienen al Norte a la universidad, ¡pero de toda la gente cabizbaja, mal vestida y desaliñada que he visto, un grupo de sureños de pueblo pequeño son lo peor!

Sally Carrol apretaba sus manos enguantadas y se mordía el labio furiosamente.

—Vaya, —continuó Harry—, había uno en mi clase en New Haven, y todos pensamos que por fin habíamos encontrado el verdadero tipo de aristócrata sureño, pero resultó que no era un aristócrata en absoluto, solo el hijo de un carpetbagger norteamericano, que poseía casi todo el algodón alrededor de Mobile.

—Un sureño no hablaría como estás hablando tú ahora —dijo ella con calma.

—¡No tienen la energía!

—O la otra cosa.

—Lo siento, Sally Carrol, pero te he oído decir tú misma que nunca te casarías...

—Eso es muy diferente. Te dije que no querría atar mi vida a ninguno de los chicos que andan por Tarleton ahora, pero nunca hice ninguna generalización radical.

Caminaron en silencio.

—Probablemente exageré un poco, Sally Carrol. Lo siento.

Ella asintió pero no respondió. Cinco minutos después, mientras estaban en el vestíbulo, ella le rodeó de repente con los brazos.

—¡Oh, Harry, —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas—; casémonos la semana que viene. Tengo miedo de tener peleas como esa. Tengo miedo, Harry. No sería así if estuviéramos casados.

Pero Harry, estando equivocado, todavía estaba irritado.

—Eso sería idiota. Decidimos marzo.

Las lágrimas en los ojos de Sally Carrol se desvanecieron; su expresión se endureció ligeramente.

—Muy bien... supongo que no debería haber dicho eso.

Harry se ablandó.

—¡Pequeña loca! —exclamó—. Ven, bésame y olvidemos.

Esa misma noche, al final de una función de vodevil, la orquesta tocó «Dixie» y Sally Carrol sintió algo más fuerte y duradero que sus lágrimas y sonrisas del día desbordarse dentro de ella. Se inclinó hacia delante, agarrando los brazos de su butaca hasta que su rostro se puso carmesí.

—¿Te emociona, querida? —susurró Harry.

Pero ella no le oyó. Al ritmo limitado de los violines y al inspirador compás de los timbales, sus propios viejos fantasmas desfilaban y seguían hacia la oscuridad, y mientras los pífanos silbaban y suspiraban en el bajo bis, parecían tan casi fuera de la vista que podría haberles dicho adiós con la mano.

“Lejos, lejos,

Lejos, al sur, en Dixie.

Lejos, lejos,

¡Lejos al sur en Dixie!”

CAPÍTULO V

Era una noche particularmente fría. Un deshielo repentino casi había despejado las calles el día anterior, pero ahora las atravesaba de nuevo un espectro polvoriento de nieve suelta que viajaba en líneas onduladas ante los pies del viento, y llenaba el aire inferior con una neblina de finas partículas. No había cielo, solo una tienda oscura y ominosa que cubría las copas de las calles y era en realidad un vasto ejército de copos de nieve que se acercaba; mientras sobre todo ello, enfriando el confort del resplandor marrón y verde de las ventanas iluminadas y amortiguando el trote constante del caballo que tiraba de su trineo, lavaba interminablemente el viento del norte. Era una ciudad lúgubre después de todo, pensó... lúgubre.

A veces, por la noche, le había parecido como si nadie viviera aquí —todos se habían ido hacía mucho tiempo— dejando casas iluminadas para ser cubiertas con el tiempo por túmulos de aguanieve. ¡Oh, si hubiera nieve sobre su tumba! Estar bajo grandes montones de ella todo el invierno, donde incluso su lápida sería una sombra clara contra sombras claras. Su tumba... una tumba que debería estar cubierta de flores y lavada por el sol y la lluvia.

Pensó de nuevo en aquellas casas de campo aisladas por las que había pasado su tren, y en la vida allí durante el largo invierno —el resplandor incesante a través de las ventanas, la costra formándose sobre los suaves montones de nieve, finalmente el lento y triste deshielo y la dura primavera de la que Roger Patton le había hablado—. Su primavera —perderla para siempre— con sus lilas y la perezosa dulzura que removía en su corazón. Estaba guardando esa primavera —después guardaría esa dulzura—.

Con gradual insistencia, estalló la tormenta. Sally Carrol sintió una película de copos derretirse rápidamente en sus pestañas, y Harry

extendió un brazo peludo y le bajó su complicado gorro de franela. Entonces los pequeños copos llegaron en línea de escaramuza, y el caballo inclinó el cuello pacientemente mientras una transparencia blanca aparecía momentáneamente en su pelaje.

—Oh, tiene frío, Harry —dijo ella rápidamente.

—¿Quién? ¿El caballo? ¡Oh, no, no tiene! ¡Le gusta!

Después de otros diez minutos, doblaron una esquina y avistaron su destino. En una colina alta, perfilado en un verde vivo y deslumbrante contra el cielo invernal, se alzaba el palacio de hielo. Tenía tres pisos de altura, con almenas y troneras y estrechas ventanas cubiertas de carámbanos, y las innumerables luces eléctricas interiores creaban una magnífica transparencia en el gran salón central. Sally Carrol apretó la mano de Harry bajo la manta de piel.

—¡Es hermoso! —exclamó él emocionado—. ¡Caramba, es hermoso, ¿verdad?! ¡No han tenido uno aquí desde el ochenta y cinco!

De alguna manera, la idea de que no hubiera habido uno desde el ochenta y cinco la oprimía. El hielo era un fantasma, y esta mansión de hielo estaba seguramente poblada por esas sombras de los ochenta, con rostros pálidos y cabellos borrosos llenos de nieve.

—Vamos, querida —dijo Harry.

Le siguió fuera del trineo y esperó mientras él ataba el caballo. Un grupo de cuatro —Gordon, Myra, Roger Patton y otra chica— se detuvo a su lado con un fuerte tintineo de cascabeles. Ya había bastante multitud, abrigados con pieles o borrego, gritando y llamándose unos a otros mientras se movían por la nieve, que ahora era tan espesa que apenas se distinguía a la gente a pocos metros de distancia.

—Tiene ciento setenta pies de alto, —decía Harry a una figura embozada a su lado mientras caminaban penosamente hacia la entrada—; cubre seis mil yardas cuadradas.

Captó fragmentos de conversación: «Un salón principal»—«paredes de veinte a cuarenta pulgadas de grosor»—«y la cueva de hielo tiene casi una milla de...»—«este canadiense que lo construyó...»

Encontraron la entrada y, aturdida por la magia de las grandes paredes de cristal, Sally Carrol se encontró repitiendo una y otra vez dos versos de «Kubla Khan»:

“¡Era un milagro de raro artificio,

Una soleada cúpula de placer con cuevas de hielo!”

En la gran caverna resplandeciente, con la oscuridad excluida, tomó asiento en un banco de madera y la opresión de la noche se disipó. Harry tenía razón: era hermoso; y su mirada recorrió la lisa superficie de las paredes, cuyos bloques habían sido seleccionados por su pureza y claridad para obtener este efecto opalescente y translúcido.

—¡Mira! ¡Allá vamos... oh, chico! —gritó Harry.

Una banda en un rincón lejano empezó a tocar «Hail, Hail, the Gang's All Here!», que les llegó en eco con una acústica salvaje y confusa, y entonces las luces se apagaron de repente; el silencio pareció fluir por las heladas paredes y barrerlos. Sally Carrol aún podía ver su aliento blanco en la oscuridad, y una tenue fila de rostros pálidos al otro lado.

La música se suavizó hasta convertirse en un lamento susurrante, y desde fuera llegó flotando el canto remanente a pleno pulmón de los clubes en marcha. Creció más fuerte como un peán de una tribu vikinga atravesando una antigua tierra salvaje; aumentó... se acercaban; entonces apareció una fila de antorchas, y otra y otra, y manteniendo el ritmo con sus pies calzados con mocasines, una larga columna de figuras con chaquetones grises entró barriendo, raquetas de nieve colgadas a los hombros, antorchas elevándose y parpadeando mientras sus voces se alzaban a lo largo de las grandes paredes.

La columna gris terminó y siguió otra, la luz fluyendo lúgubrementemente esta vez sobre gorros rojos de trineo y llameantes chaquetones carmesí, y al entrar retomaron el estribillo; luego vino un largo pelotón de azul y blanco, de verde, de blanco, de marrón y amarillo.

—Esos de blanco son el Club Wacouta —susurró Harry con entusiasmo—. Esos son los hombres que has conocido en los bailes.

El volumen de las voces creció; la gran caverna era una fantasmagoría de antorchas ondeando en grandes bancos de fuego, de colores y el ritmo de pasos de cuero suave. La columna principal giró y se detuvo, pelotón se despliega frente a pelotón hasta que toda la procesión formó una sólida bandera de llamas, y entonces de miles de voces estalló un poderoso grito que llenó el aire como un estruendo de trueno, e hizo vacilar las antorchas. ¡Fue magnífico, fue tremendo! Para Sally Carol era el Norte ofreciendo sacrificio en algún poderoso altar al gris dios pagano de la Nieve. Mientras el grito moría, la banda volvió a tocar y hubo más cantos, y luego largos vítores reverberantes de cada club. Se sentó muy quieta escuchando mientras los gritos entrecortados rasgaban la quietud; y entonces se sobresaltó, pues hubo una descarga de explosiones, y grandes nubes de humo se elevaron aquí y allá por la caverna —los fotógrafos con flash trabajando— y el consejo había terminado. Con la banda a la cabeza, los clubes formaron en columna una vez más, retomaron su canto y comenzaron a marchar.

—¡Vamos! —gritó Harry—. ¡Queremos ver los laberintos de abajo antes de que apaguen las luces!

Todos se levantaron y se dirigieron hacia la rampa —Harry y Sally Carrol a la cabeza, su pequeña manopla hundida en el gran guantelete de piel de él—. Al fondo de la rampa había una larga sala vacía de hielo, con el techo tan bajo que tuvieron que agacharse... y sus manos se separaron. Antes de que se diera cuenta de lo que pretendía, Harry se había lanzado por uno de los media docena de pasadizos relucientes que se abrían a la sala y era solo una vaga mancha que retrocedía contra el brillo verdoso.

—¡Harry! —llamó ella.

—¡Vamos! —gritó él de vuelta.

Miró alrededor de la cámara vacía; el resto del grupo evidentemente había decidido irse a casa, ya estaban fuera en algún lugar en la torpe nieve. Dudó y luego se lanzó tras Harry.

—¡Harry! —gritó.

Había llegado a un desvío a treinta pies de distancia; oyó una respuesta débil y ahogada muy a la izquierda, y con un toque de pánico huyó hacia ella. Pasó otro desvío, dos callejones más bostezantes.

—¡Harry!

Sin respuesta. Empezó a correr recto hacia delante, y luego se dio la vuelta como un rayo y corrió de regreso por donde había venido, envuelta en un repentino terror helado.

Llegó a un desvío —¿era aquí?— tomó la izquierda y llegó a lo que debería haber sido la salida a la sala larga y baja, pero era solo otro pasadizo reluciente con oscuridad al final. Llamó de nuevo, but las paredes devolvieron un eco plano y sin vida, sin reverberaciones. Volviendo sobre sus pasos, dobló otra esquina, esta time siguiendo un pasadizo ancho. Era como el carril verde entre las aguas separadas del Mar Rojo, como una bóveda húmeda conectando tumbas vacías.

Resbalaba un poco ahora mientras caminaba, pues se había formado hielo en la suela de sus chanclos; tuvo que pasar los guantes por las paredes medio resbaladizas, medio pegajosas para mantener el equilibrio.

—¡Harry!

Aún sin respuesta. El sonido que hizo rebotó burlonamente hasta el final del pasadizo.

Entonces, en un instante, las luces se apagaron, y quedó en completa oscuridad. Lanzó un pequeño grito asustado y se desplomó

en un pequeño montón frío sobre el hielo. Sintió que su rodilla izquierda hacía algo al caer, pero apenas lo notó mientras un terror profundo, mucho mayor que cualquier miedo a perderse, se apoderaba de ella. Estaba sola con esta presencia que venía del Norte, la lúgubre soledad que surgía de balleneros atrapados en el hielo en los mares árticos, de yermos sin humo ni huellas donde estaban esparcidos los huesos blanqueados de la aventura. Era un gélido aliento de muerte; rodaba bajo por la tierra para agarrarla.

Con una energía furiosa y desesperada se levantó de nuevo y empezó a avanzar a ciegas por la oscuridad. Tenía que salir. Podría perderse aquí durante días, morir congelada y yacer incrustada en el hielo como cadáveres de los que había leído, conservados perfectamente hasta el deshielo de un glaciar. Harry probablemente pensó que se había ido con los otros —ya se habría ido; nadie lo sabría hasta el día siguiente—. Tanteó lastimosamente la pared. ¡Cuarenta pulgadas de grosor, habían dicho... cuarenta pulgadas de grosor!

—¡Oh!

A ambos lados de ella, a lo largo de las paredes, sintió cosas arrastrándose, almas húmedas que rondaban este palacio, esta ciudad, este Norte.

—¡Oh, enviad a alguien... enviad a alguien! —gritó en voz alta.

Clark Darrow... él entendería; o Joe Ewing; no podía quedarse aquí para vagar para siempre... para ser congelada, corazón, cuerpo y alma. ¡Esta ella... esta Sally Carrol! Pero si era una cosa feliz. Era una niña feliz. Le gustaba el calor y el verano y Dixie. Estas cosas eran extrañas... extrañas.

—No estás llorando —dijo algo en voz alta—. Nunca llorarás más. ¡Tus lágrimas simplemente se congelarían; todas las lágrimas se congelan aquí arriba!

Se desplomó cuan larga era sobre el hielo.

—¡Oh, Dios! —balbuceó.

Pasó una larga fila de minutos, y con un gran cansancio sintió sus ojos cerrándose. Entonces alguien pareció sentarse cerca de ella y tomarle la cara entre manos cálidas y suaves. Miró hacia arriba agradecida.

—Pero si es Margery Lee —canturreó suavemente para sí misma—. Sabía que vendrías. —Realmente era Margery Lee, y era tal como Sally Carrol había sabido que sería, con una frente joven y blanca, y ojos grandes y acogedores, y una falda de miriñaque de algún material suave sobre el que era bastante reconfortante descansar.

—Margery Lee.

Se estaba haciendo más y más oscuro ahora... todas esas lápidas deberían ser repintadas, de veras, solo que eso las estropearía, por supuesto. Aun así, deberías poder verlas.

Luego, tras una sucesión de momentos que iban rápido y luego lento, pero que parecían resolverse finalmente en una multitud de borrosos rayos convergiendo hacia un sol amarillo pálido, oyó un gran crujido romper su recién encontrada quietud.

Era el sol, era una luz; una antorcha, y otra antorcha más allá de esa, y otra más, y voces; un rostro cobró carne bajo la antorcha, brazos pesados la levantaron, y sintió algo en su mejilla... se sentía húmedo. Alguien la había agarrado y le frotaba la cara con nieve. ¡Qué ridículo... con nieve!

—¡Sally Carrol! ¡Sally Carrol!

Era Dangerous Dan McGrew; y otros dos rostros que no conocía.

—¡Niña, niña! ¡Llevamos dos horas buscándote! ¡Harry está medio loco!

Las cosas volvieron apresuradamente a su lugar: el canto, las antorchas, el gran grito de los clubes en marcha. Se retorció en los brazos de Patton y lanzó un grito largo y bajo.

—¡Oh, quiero salir de aquí! Vuelvo a casa. Llévame a casa —su voz se elevó a un grito que envió un escalofrío al corazón de Harry

mientras él venía corriendo por el siguiente pasadizo— ¡mañana! — gritó con delirante e irrefrenable pasión— ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Mañana!

CAPÍTULO VI

La riqueza de la luz dorada del sol vertía un calor bastante enervante, aunque extrañamente reconfortante, sobre la casa que durante todo el día miraba al polvoriento tramo de carretera. Dos pájaros armaban un gran alboroto en un lugar fresco encontrado entre las ramas de un árbol vecino, y calle abajo una mujer de color se anunciaba melodiosamente como vendedora de fresas. Era una tarde de abril.

Sally Carrol Happer, apoyando la barbilla en el brazo, y el brazo en un viejo asiento de ventana, miraba somnolienta hacia el polvo centelleante de donde ascendían las ondas de calor por primera vez esta primavera. Observaba un Ford muy antiguo doblar una esquina peligrosa y traquetear y gemir hasta detenerse con una sacudida al final del camino. No hizo ningún sonido, y en un minuto un silbido estridente y familiar rasgó el aire. Sally Carrol sonrió y parpadeó.

—Buenos días.

Una cabeza apareció tortuosamente desde debajo de la capota del coche.

—No es de día, Sally Carrol.

—¡De veras! —dijo ella con fingida sorpresa—. Supongo que quizá no.

—¿Qué haces?

—Comiendo un melocotón verde. Espero morir en cualquier momento.

Clark se retorció una última mueca imposible para poder verle la cara.

—El agua está caliente como el vapor de una tetera, Sally Carrol. ¿Quieres ir a nadar?

—Odio moverme, —suspiró Sally Carrol perezosamente—, pero supongo que sí.

FIN

1. [El palacio de hielo - F. Scott Fitzgerald](#)
 1. [Capítulo I](#)
 2. [Capítulo II](#)
 3. [Capítulo III](#)
 4. [Capítulo IV](#)
 5. [Capítulo V](#)
 6. [Capítulo VI](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB